

NEW LEFT REVIEW 95

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2015

ARTÍCULO

WOLFGANG STREECK

¿Por qué el euro divide a Europa?

NUEVAS MASAS

ZHANNA ANDREASYAN
y GEORGI DERLUGUIAN
DANIEL FINN

Protestas por el precio del
combustible en Armenia
Las guerras del agua en Irlanda

ARTÍCULOS

PAIK NAK-CHUNG
FREDRIC JAMESON
CLAUDIO MAGRIS

El doble proyecto de la modernidad
Una relectura de *Vida y destino*
La novela como criptograma

CRÍTICA

DYLAN RILEY
EMILIE BICKERTON
TONY WOOD
ROBIN BLACKBURN

¿La propiedad guiando al pueblo?
Just Remember This
Las vidas de Dzhughashvili
Oro blanco, trabajadores negros

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Neil Davidson, *How Revolutionary Were the Bourgeois Revolutions?*, Chicago, Haymarket, 2012; *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*, Barcelona, Pasado y Presente, 2013 (traducción de Juanmari Madariaga).

DYLAN RILEY

¿LA PROPIEDAD GUIANDO AL PUEBLO?

La noción de revolución burguesa –la idea de que el desarrollo capitalista ha estado íntimamente ligado a la conquista y transformación del Estado por fuerzas de clase en ascenso– ha sido enérgicamente discutida durante el último medio siglo. Las bazas políticas en la interpretación del ciclo de eventos que se inicia con la Rebelión holandesa y la Guerra Civil inglesa, siguiendo con las Revoluciones Americana y Francesa, el Risorgimento italiano, la Unificación Alemana, la Restauración Meiji y la Guerra Civil americana, son, por lo tanto, cardinales. El libro de Neil Davidson *How Revolutionary Were the Bourgeois Revolutions?* es una indagación animada y atractivamente escrita de ese vasto terreno historiográfico, teórico y político. Davidson se propone ofrecer una historia intelectual del concepto, desde los primeros indicios de una «interpretación social» de la Guerra Civil inglesa –el análisis de James Harrington en *The Commonwealth of Oceana* (1656)– hasta su elaboración en la tradición marxista y las subsiguientes críticas revisionistas y contrarrevisionistas. Pero también ofrece sobre la marcha un análisis de las ideas que va revisando, y en las ochenta páginas de su conclusión propone su propia reconstrucción del concepto, enmarcado en la dinámica general de la transición de un modo de producción a otro.

Davidson es un docto escocés, autor de *Origins of Scottish Nationhood* (2000) y *Discovering the Scottish Revolution, 1692-1746* (2003), con los que pretendía investigar «la revolución burguesa hasta ahora confusa» al norte de la línea divisoria. También fue, hasta su estallido a finales de 2013, miembro

del Socialist Worker Party británico, un grupo trotskista cuya característica distintiva es la afirmación, *contra* Trotsky, de que a partir de 1928 la Rusia soviética debía considerarse como un país capitalista, y de que las revoluciones comunistas posteriores –en China, Vietnam, Cuba y demás– despejaron asimismo la vía para la implantación en esos países del capitalismo de Estado. Como Davidson afirma abiertamente desde el principio, con ese libro pretende, en primer lugar, demostrar que esas revoluciones del siglo XX eran de hecho, pese a las apariencias y las declaraciones de sus líderes, revoluciones burguesas. En segundo lugar, pretende mostrar que el éxito de las revoluciones burguesas demuestra la viabilidad de la vía insurreccional para quienes desean el reemplazo del capitalismo por el socialismo. Al igual que sus «equivalentes burgueses», los marxistas revolucionarios de hoy día afrontan condiciones objetivas –las fuerzas productivas, que para Davidson juegan un papel propulsor independiente en el desarrollo histórico–, que ya están maduras para la transición a una nueva forma de sociedad. Las circunstancias en las que esbozó primeramente sus puntos de vista sobre la revolución burguesa suministran un tercer motivo: se trataba del debate para el Premio Deutscher de 2004, en el que Davidson defendió su idea contra Benno Teschke, quien aseguraba, siguiendo aproximadamente las mismas líneas que Robert Brenner, que esa argumentación no tenía ninguna base en la realidad histórica. La construcción de *Transformar el mundo* tiene, por lo tanto, un impulso dogmático: probar un conjunto de convicciones adquiridas antes de la investigación de las pruebas históricas, en lugar de utilizar estas para contrastar una hipótesis preliminar. Esto conduce a una estructura deformada, con grandes apartados que tienen poco que ver con el tema central; pero no priva a la totalidad de una energía y ambición impresionantes. Como de costumbre, una ideología errónea no tiene por qué ser un impedimento para líneas de pensamiento o de investigación frescas u originales, e incluso puede servirles de estímulo.

Transformar el mundo es, como dice Davidson, «un ejercicio de historia de las ideas», que ofrece una genealogía en cuatro partes del pensamiento sobre el concepto de revolución burguesa, más que un nuevo análisis de los propios acontecimientos históricos. El tono queda establecido por una meditación inicial sobre la pintura de Delacroix *La Libertad guiando al pueblo*. La primera sección, que indaga la prehistoria del concepto, presenta una idea clásica de la revolución, de Aristóteles a Maquiavelo, como un proceso cíclico puramente político, en el que el ascenso y caída de los regímenes sucesivos –democráticos, monárquicos, oligárquicos– deja intactas las relaciones económicas subyacentes. Las luchas de clases en Inglaterra durante el siglo XVII sirvieron de base para una nueva «interpretación social» de la revolución, articulada primeramente por James Harrington, quien afirmó que el equilibrio de poder depende del de la propiedad. La transferencia «de

gran parte de la posesión de la tierra a la *yeomanry* o gente intermedia, que al no vivir de una forma servil o indigente era mucho menos dependiente de sus señores, y al vivir de una forma libre y plena se había convertido en una infantería excelente sobre la que los señores tenían tan poco poder que a partir de entonces era como si hubieran quedado desarmados», tuvo los correspondientes efectos políticos: «La revolución natural sucede desde dentro, por el comercio, como cuando un gobierno erigido sobre un equilibrio, por ejemplo entre la nobleza y el clero, llega por la decadencia de esos estamentos a otro equilibrio; esa alteración en las raíces de la propiedad lo deja todo en confusión o produce una nueva rama [forma] del gobierno según el tipo o naturaleza de la raíz» (p. 64).

En Escocia, donde, tal como argumenta Davidson, las relaciones feudales persistieron a pesar de la Unión hasta la derrota de los señores jacobitas en Culloden en 1746, a los intelectuales de una incipiente burguesía se les ofreció una oportunidad única para teorizar una «revolución desde arriba» capitalista en ausencia de un amenaza proletaria «desde abajo»; de ahí la conceptualización de Smith de los cuatro modos de subsistencia, las eras de la caza, el pastoreo, la agricultura y el comercio. Pero Davidson singulariza a un precursor de Smith, el antiguo jacobita James Steuart, cuya *Inquiry into the Principles of Political Economy* (1767) analizó las «convulsiones violentas» en las que «una ciudadanía rica ha roto sus cadenas y le ha dado la vuelta a los propios cimientos del sistema feudal» en Inglaterra, imponiendo nuevas condiciones a aquellos sobre los que los señores habían dominado: «Esa revolución debe marcar entonces la purga de las tierras de bocas superfluas, y obligarlas a abandonar su tierra natal a fin de retirarse a las ciudades y pueblos, donde pueden aumentar útilmente el número de manos libres y aplicarlas a la industria» (p. 101). Smith, Hume y Steuart eran conocidos por Antoine Barnave, el jacobino convertido en realista cuya *Introduction à la Révolution française*, escrita en 1792 en la cárcel mientras esperaba la guillotina, impulsó aún más la idea de un desplazamiento del cambio económico al social y al político:

Una vez que las artes [mecánicas] y el comercio han conseguido penetrar en el pueblo y crear un nuevo medio de riqueza en apoyo a las clases laboriosas, se anuncia una revolución en las lides políticas. Del mismo modo que la posesión de la tierra dio lugar a la aristocracia, la propiedad industrial incrementa el poder del pueblo: adquiere su libertad, se multiplica y comienza a influir en los negocios (p. 119).

Así, pues, argumenta Davidson, desde casi doscientos años antes de que el término fuera acuñado por Louis Blanc y los seguidores de Saint-Simon a finales de la década de 1830, venía ya configurándose una prototeoría de la revolución burguesa. Sin embargo, justo en aquel momento, «cuando el proletariado apareció como una clase social específica y distinta, cuya capacidad

insurreccional se había mostrado espectacularmente en la Revolución de Julio de 1830 en Francia y en la agitación que llevó a la Gran Ley de Reforma de 1832 en Gran Bretaña, la burguesía abandonó sus veleidades como clase revolucionaria» (p. 169). De hecho, «cuanto más firmemente se asentaba el sistema capitalista, más retrocedían [los pensadores burgueses] alejándose de la claridad que se había alcanzado antes» (p. 167) en los conceptos sociales de la revolución; Macaulay era un caso típico de esa reinterpretación de las grandes revoluciones «en términos que daban mayor énfasis a la “libertad” o a la consecución de un gobierno constitucional, que a la “propiedad” o la eliminación de trabas para el establecimiento de un nuevo orden económico» (p. 169). La excepción, sugiere Davidson, era Tocqueville, quien describió el periodo de 1789 a 1830 como «una lucha encarnizada entre el Antiguo Régimen, sus tradiciones, recuerdos, esperanzas y hombres, representados por la aristocracia, y la Nueva Francia dirigida por la clase media» (p. 176). En *Transformar el mundo* atribuye la independencia de criterio de Tocqueville a su origen aristocrático más que burgués: «Con el celo del converso por ideas originalmente ajenas a su clase, estaba dispuesto a mantenerlas con menos circunspección».

Con la aparición de Marx y Engels en la década de 1840, Davidson llega al meollo de su discusión con los llamados «marxistas políticos»: Teschke, Charles Post, Ellen Meiksins Wood, George Comninel y (aunque evita mencionarlo explícitamente) Robert Brenner. Tal como Davidson resume su posición, Marx y Engels llegaron inicialmente al concepto de revolución burguesa combinando la descripción efectuada por Smith del surgimiento del capitalismo dentro de la sociedad feudal, con el modelo de lucha de clases de los historiadores liberales franceses de la revolución, para explicar cómo la burguesía pudo superar los obstáculos absolutistas a su ascenso (p. 181). Desde finales de la década de 1850, sin embargo, el concepto de modo de producción del Marx maduro le permitió identificar la transformación que hizo depender a la clase dominante en Inglaterra de una nueva forma de explotación, la capitalista; «los acontecimientos que Marx y Engels llamaban revoluciones burguesas fueron irrelevantes en ese proceso, y la teoría que heredaron era de carácter ideológico, destinada a poner de relieve la reputación inmerecida de la burguesía como vanguardia del progreso social contra el feudalismo, al tiempo que oscurecía la realidad del sometimiento de las clases subordinadas a formas de explotación más intensas» (p. 182). Brenner, en opinión de Davidson, piensa que Marx simplemente abandonó el concepto después de redactar los *Grundrisse* en 1857-1858, mientras que Comninel cree que lamentablemente lo retuvo.

Frente a esto, *Transformar el mundo* sostiene que, lejos de ser un residuo no muy bien digerido de tempranas influencias liberales, fue una aplicación de «los principios básicos del materialismo histórico»; de hecho, «la teoría marxista

de la historia *requería* un concepto de revolución burguesa» (p. 187), que Marx y Engels formularon debidamente. El breve «Prefacio» de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política* [<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm>], que Davidson considera central en el pensamiento de Marx, cristalizó una teoría del desarrollo histórico en la que «las fuerzas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones existentes de producción» (pp. 237, 722), que permitió a Marx y Engels entender a la burguesía en ascenso como una fuerza históricamente revolucionaria todavía a mediados del siglo XIX, cuando la propia clase estaba perdiendo esa conciencia de sí misma. Cierto es que solo tocaron esa cuestión someramente y de paso. En *La ideología alemana*, cuando surgían contradicciones entre «las fuerzas productivas y las formas de relación [...] debían estallar necesariamente en cada ocasión en una revolución» (p. 204). En el *Manifiesto comunista* —donde «las relaciones feudales de propiedad [...] se convirtieron en otras tantas trabas, tenían que estallar y estallaron» (p. 238)—, Alemania parecía hallarse en 1848 en vísperas de una revolución «que se llevará a cabo en condiciones más avanzadas de la civilización europea y con un proletariado mucho más desarrollado que en Inglaterra en el siglo XVII o en Francia en el XVIII, por lo que la revolución burguesa en Alemania puede ser el preludio inmediato de una revolución proletaria» (p. 212). La *Carta del Comité Central a la Liga [Comunista]* de marzo de 1850 declaraba que «nuestro interés y nuestra tarea es hacer la revolución permanente hasta que todas las clases más o menos propietarias hayan sido apartadas de sus posiciones de mando, hasta que el proletariado haya conquistado el poder del Estado» (p. 228). En *Las luchas de clases en Francia*, en cambio, Marx argumentaba más tarde aquel mismo año que: «Solo su dominio [el de la burguesía] extirpa las raíces materiales de la sociedad feudal y nivela el terreno sobre el que se hace entonces posible una revolución proletaria» (p. 229).

De un modo u otro, Davidson rescata un conjunto de proposiciones marxistas sobre las condiciones de posibilidad para las revoluciones burguesas. En primer lugar, las fuerzas productivas capitalistas tenían que haberse desarrollado hasta el punto de verse frenadas por las relaciones «feudales». Davidson sostiene que los puntos de vista maduros de Marx y Engels sobre la transición al capitalismo y la revolución burguesa lo estaban ya en 1852 y que no cambiaron sustancialmente a partir de entonces. El «Prefacio» de 1859, aunque hacía hincapié en la estructura más que en el agente, asumía esencialmente el concepto no determinista del *Manifiesto* de los grilletes feudales saltando en pedazos. La segunda condición era la existencia de una fuerza social capaz de alterar esas relaciones, que no tenía por qué ser la propia burguesía; Marx y Engels ofrecieron diversas evaluaciones de la vocación revolucionaria de las distintas burguesías nacionales —tratando con términos particularmente mordaces a la alemana— y desde 1852 se mostraban cada vez más escépticos sobre su papel.

En la Segunda Internacional, sin embargo, se acabó imponiendo una «estudiada ambivalencia» en todo lo que se refería a la revolución, sobre todo en el SPD, que era hegemónico en su seno. Si los debates de la década de 1840 se habían centrado en la situación en Alemania, la inminente revolución rusa fue la cuestión central durante la de 1890. Fue Lenin quien dirigió el viraje hacia una concepción más clásica mediante la interpretación del levantamiento de 1905 como una revolución burguesa que «no podía ser dirigida por la burguesía», dada su alianza reaccionaria con el Estado zarista; solo el proletariado y el campesinado podrían llevar a cabo una revolución burguesa en Rusia. Trotski, como es sabido, fue más allá. De Parvus tomó prestada la idea de que la burguesía rusa era claramente reaccionaria y el proletariado ruso claramente revolucionario, debido a la ausencia de cualquier estrato intermedio sólido en las ciudades rusas; de Kautsky, sorprendentemente, extrajo la idea de que una revolución en el Este podría ser la chispa que desatará una revolución mundial que se extiende hacia el Oeste; sin embargo, dado el atraso económico de Rusia, la revolución socialista solo podría sobrevivir allí con el apoyo material, financiero y tecnológico del socialismo en los países occidentales avanzados.

Con la estalinización de la Tercera Internacional quedaron arrumbadas esas teorías más sofisticadas. Stalin resucitó en forma más dogmática el *etapismo* simple de la Segunda Internacional, que sostenía que cada país tenía que realizar su propia revolución nacional-democrática antes de pasar a la etapa del socialismo, y estableció una distinción absoluta entre las revoluciones burguesas y las proletarias, convirtiendo esas «etapas» en una serie rígida de pasos inevitables que no podían ser soslayados. La lógica política que se derivaba de ello obligaba a los partidos comunistas bisoños a aliarse con sus burguesías nacionales, con efectos catastróficos, sobre todo en China, donde se desarmó políticamente al PCCh cuando Chiang Kai-shek aplastó la insurrección obrera en Shanghái en 1927. Contra ese dogma, Davidson alza la teoría, concebida por Trotski en aquellos años, del desarrollo desigual y combinado, que ofrecía una base para la revolución socialista fuera del núcleo capitalista avanzado, y —sobre todo— el concepto de «revolución desde arriba» de Gramsci, que ofrecía una comprensión de las unificaciones italiana y alemana como versiones alternativas de la revolución burguesa, en las que fuerzas no burguesas despejaron el camino para el avance capitalista. Sin embargo, sugiere Davidson, la ortodoxia estalinista ha ejercido más influencia que los propios Marx y Engels sobre la «noción marxista de la revolución burguesa». Su debilidad teórica ha dado a sus adversarios —historiadores revisionistas, teóricos de los sistemas-mundo, «marxistas políticos»— razones para afirmar que esa es la única versión posible de la «revolución burguesa» y eludir las complejidades de la tradición marxista clásica.

Así queda dispuesto el escenario para la revisión por Davidson de los debates posteriores a la Segunda Guerra Mundial, clasificados como «revisiones, reconstrucciones, alternativas» (Tercera Parte). El desafío revisionista se analiza sacando a la palestra dos oponentes antimarxistas de la década de 1950: Hugh Trevor-Roper, sobre la Guerra Civil inglesa; y Alfred Cobban, sobre la Revolución Francesa. Trevor-Roper dirigió sus dardos contra la afirmación de R. H. Tawney de que la Revolución Inglesa había sido impulsada por una *gentry* [terratenientes ricos] capitalista en ascenso, enfrentada a un grupo de nobles acreedores ligados a la corte (p. 493); en su contra, Trevor-Roper argumentó que Cromwell y sus seguidores representaban una *gentry* tradicionalista en declive, y que además aquellos acontecimientos no tuvieron prácticamente ninguna relevancia para el surgimiento del capitalismo en Inglaterra. Quienes afirmaban que la Guerra Civil había sido una revolución burguesa tenían que demostrar no solo que el capitalismo estaba más avanzado en 1700 que en 1600, sino que quienes hicieron la revolución pretendían ese resultado, y que no se habría alcanzado por otros medios. En cuanto a Cobban, su crítica de la «interpretación social» de la Revolución Francesa apuntaba en principio al estatus social de los líderes de la revolución –abogados y escritores, más que empresarios capitalistas– y sugería que el capitalismo francés en el periodo prerrevolucionario estaba más avanzado de lo que reconocían los marxistas; la Revolución pudo frenar su desarrollo más que acelerarlo (pp. 502-503). *Transformar el mundo* se mueve rápidamente sobre «reconstrucciones» del concepto –menciona a Tom Nairn, Arno Mayer y Perry Anderson, aunque solo este último ha abordado la cuestión de la revolución burguesa–, y dedica tan solo un poco más a su rechazo por parte de Immanuel Wallerstein; la teoría de los sistemas-mundo es alabada por su compatibilidad con la noción del capitalismo de Estado del Socialist Workers Party (SWP), pero reprendida por su presentación smithiana del comercio como generador de una «economía-mundo capitalista» en el siglo XVII y su desdén hacia lo que Wallerstein denomina displicentemente «la llamada revolución industrial» (cap. 17, esp. pp. 557-560).

Hasta el capítulo 18 no sitúa plenamente bajo el foco el objetivo principal de *Transformar el mundo*: el análisis de las posiciones de Robert Brenner y sus colegas. A diferencia de los anteriores comentarios de amplio alcance, pero superficiales, sobre distintos pensadores, Davidson suministra aquí un informe sustantivo y crítico, con un saludo respetuoso a la obra de Brenner: «Un notable logro intelectual por su coherencia interna y su capacidad de explicación» (p. 583). «Ningún intento de construir una versión defendible de la teoría de la revolución burguesa puede evitar responder al reto que supone» (p. 572). Parte de la caracterización de Brenner de los orígenes del capitalismo en Inglaterra como algo contingente, al confluir de forma única el trabajo *libre* dependiente del mercado y diversos explotadores en

competencia: los señores ingleses, incapaces de volver a someter a servidumbre a sus campesinos después de la catástrofe demográfica del siglo XIV o de extraer rentas de un Estado fortalecido, optaron por imponer arriendos que obligaron a los agricultores protocapitalistas a explotar de una forma innovadora a los trabajadores asalariados sin tierra (pp. 574-576). En la década de 1640 no había, por lo tanto, «trabas feudales» a quebrantar, habiendo empezado ya a funcionar un capitalismo agrario nacido de las luchas de clases tardomedievales, y no de la contradicción entre fuerzas y relaciones de producción que Davidson extrae de su lectura del «Prefacio» de Marx en 1859. *The Origin of Capitalism* de Ellen Meiksins Wood lleva más lejos la argumentación, afirmando que el concepto de revolución burguesa es irremediabilmente confuso, poco claro, incluso si se trata de una causa o un efecto del desarrollo capitalista. Brenner ha sido más cauteloso: sería «prematureo» decir que «no hay relación entre el ascenso del capitalismo agrario bajo una coraza aristocrática terrateniente y los conflictos de mediados del siglo XVII» (p. 604).

Davidson acusa a Brenner de adoptar una visión de la naturaleza humana cercana a la de Hayek en *The Fatal Conceit*: igualitaria y colectivista, formada tras milenios de caza y recolección, que solo se somete a las relaciones de mercado más productivas cuando se ve obligada a hacerlo. Ese marxismo hayekiano de Brenner no representaría ningún avance con respecto al neosmithiano y es incapaz de explicar que los agentes pudieran ver la participación en el mercado como una oportunidad más que como una forma de compulsión, obligándole a ignorar el «prolongado proceso de diferenciación de clase entre los campesinos» (p. 746) durante la Baja Edad Media, que dio lugar a los precursores de los agricultores arrendatarios orientados hacia el mercado, tan importantes para su historia. Y lo que es más, la concepción de Brenner tiene implicaciones políticas devastadoras para Davidson, ya que «si el feudalismo no generó una dinámica interna que tendía hacia su colapso, entonces podemos olvidar las contradicciones intrínsecas de las sociedades de clase, incluida la nuestra» (p. 613). Davidson secunda, por el contrario, la afirmación de Alan H. Carling de que «la transición del feudalismo al capitalismo era casi inevitable, casi una necesidad natural de la historia» (p. 737), de lo que cabría inferir algo semejante con respecto a la transición del capitalismo al socialismo.

Después de haber despejado así el terreno, Davidson expone su propia posición sobre los temas críticos de los agentes y el resultado de la revolución burguesa. Aunque no se trate necesariamente de «una toma del poder estatal por una burguesía revolucionaria», tal revolución se puede reconocer por sus dos principales consecuencias: el dominio en la economía de las relaciones de producción capitalistas, y la construcción de un Estado nacional comprometido con la acumulación competitiva. Vistas en

términos *consecuencialistas*, la Rebelión holandesa, la Guerra Civil inglesa, la Revolución Francesa, la Revolución y la Guerra Civil americanas, el Risorgimento italiano y la Unificación Alemana son todas ellas revoluciones burguesas. Siguiendo a Tony Cliff, fundador y presidente imperecedero en espíritu del SWP, Davidson amplía la categoría para incluir en ella el derrocamiento del capitalismo en Rusia, China, Vietnam y Cuba, así como de las monarquías o regímenes coloniales en Egipto, Libia, Etiopía, Guinea-Bissau, Angola y Mozambique. Traza una clara línea de demarcación entre revoluciones sociales y políticas –las primeras transforman la sociedad, mientras que las segundas se limitan a alterar el control del Estado–, aunque una revolución social fracasada puede dar lugar a una política: Bolivia en 1952, Portugal en 1974, Europa del Este en 1989 y, probablemente, el mundo árabe en 2011.

En una prolija sección final, *Transformar el mundo* especifica cinco condiciones previas para «una era de revoluciones burguesas» y ofrece algunas consideraciones históricas sobre cada una de ellas. La primera condición es, como cabía prever, una contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, evidente en Europa desde finales del siglo XVII, en opinión de Davidson. En segundo lugar, aparece la existencia del capitalismo como sistema alternativo potencial, aunque esté localizado en regiones muy alejadas del mundo. Tercero, los Estados precapitalistas, ya sean feudales o tributarios, deben ser incapaces de impedir el desarrollo del capitalismo como un medio alternativo de organización social, como sucedió con la dinastía Qing en China. En cuarto lugar, deben existir agentes revolucionarios socialmente organizados, aunque no tienen por qué ser necesariamente los propios capitalistas; «sectores no capitalistas» de la burguesía –abogados, periodistas, creadores culturales– podrían estar mejor situados para articular los intereses comunes de una clase ascendente. En quinto lugar, se requiere alguna ideología movilizadora, que podría ser tanto la religión, la libertad democrática o la independencia nacional como el propio socialismo.

Por último, *Transformar el mundo* propone una periodización y una tipología: revoluciones «desde abajo» y «desde arriba». Davidson identifica tres oleadas principales de revoluciones burguesas, separadas por dos puntos de inflexión un tanto peculiares: 1763, que en su opinión fue el momento de «irreversibilidad sistémica», cuando el capitalismo quedó asegurado como sistema mundial mediante la victoria de Inglaterra sobre Francia en la Guerra de los Siete Años (pp. 829-830); y 1928, momento de consolidación del estalinismo en la Unión Soviética. La primera oleada, antes de 1763, se produjo cuando el futuro del capitalismo era aún incierto, y se trató en su mayoría de «revoluciones desde abajo», en las que los principales agentes eran las propias masas: la Rebelión holandesa, la Guerra Civil inglesa y –forzando la periodización– la Revolución Francesa, que, aun siendo posterior

al «momento de irreversibilidad sistémica» de 1763 de Davidson, fue sin duda una revolución desde abajo. La transformación de Escocia después de la derrota jacobita en 1746, en cambio, fue una revolución desde arriba iniciada antes de 1763. Durante el siglo XIX, tipología y periodización aparecen más estrechamente vinculados: todas las revoluciones de la segunda oleada fueron desde arriba, destacando la Unificación Alemana, el Risorgimento y la Restauración Meiji. En ellas la «dignidad de la acción» estaba reservada al Estado y las fuerzas que pudiera poner en juego, debido al temor de los propietarios «a las consecuencias de la insurgencia popular», ahora evidenciadas por «la mayor presencia social de la clase obrera entre las filas del “pueblo”» (p. 852). En la tercera oleada de Davidson, después de 1928, regresaron las revoluciones burguesas desde abajo, que, afectadas por «una forma extraordinaria de falsa conciencia colectiva», se extendieron por la totalidad del antiguo mundo colonial, enarbolando paradójicamente la bandera de la revolución socialista. Davidson concluye con algunas reflexiones característicamente generosas, pero apenas estructuradas, sobre la historia, la mortalidad y la actividad humana en un cementerio de Edimburgo, entre el mausoleo de Hume y el monumento a los soldados escoceses que lucharon en el bando de la Unión en la Guerra Civil estadounidense, en la «revolución desde arriba» de 1860 a 1865 («Epílogo», pp. 893-927).

Transformar el Mundo es, se mire como se mire, una obra de proporciones épicas y un logro sobresaliente. Su alcance intelectual es amplísimo; nadie había reunido hasta ahora semejante alud de referencias sobre este tema, ni tantos argumentos históricos y teóricos dispersos en cientos de publicaciones. Davidson examina además prácticamente todas las cuestiones clave en la sociología política marxista, del modo de producción tributario al Estado-nación, de la diferenciación de los campesinos a la revolución *permanente*, todo lo cual hay que agradecerle calurosamente. Sin embargo, su calidad como historiador de las ideas es más desigual, lo que se debe en parte a su hábito de considerar las ideas descontextualizándolas de la obra general del pensador que se aborda, al tiempo que los propios pensadores quedan aislados de su contexto social e histórico. La incapacidad para estudiar un corpus de escritura como un todo, en lugar de seleccionar citas a efectos argumentativos, es un defecto generalizado en la historia contemporánea de las ideas; pero hay otras distorsiones, además, más estrechamente vinculadas con el punto de vista particular de Davidson.

Así, la primera sección de *Transformar el mundo*, que examina la prehistoria de las ideas de la revolución burguesa, presenta un amplio conjunto de escritores, desde Maquiavelo a Tocqueville, pasando por los fisiócratas franceses, la escuela histórica escocesa, Paine, Burke, Saint-Simon y Macaulay, a lo largo de un centenar de páginas animadas por largas y vívidas citas; pero no todos esos pensadores tienen un lugar obvio aquí: Hobbes, Locke,

Smith, Hume y Millar podrían ser relevantes para la cuestión de la «sociedad comercial», pero apenas con respecto a la revolución burguesa. Por otra parte, Davidson casi no se ocupa de los historiadores liberales franceses – Guizot y, sobre todo, Thierry y Mignet –, cuya influencia sobre Marx y Engels es indiscutible. Despacha a Guizot en un par de páginas, minimizándolo, mientras que Thierry y Mignet son casi ignorados. Una característica atractiva de esta parte del libro es el examen de los pensadores de la Ilustración escocesa, con los que Davidson muestra una afinidad nacional y temperamental que le honra, pero que estrictamente hablando solo tuvieron una relación más bien indirecta con el tema del que se trata.

La sección sobre Marx y Engels y las vicisitudes de la «revolución burguesa» dentro de la Segunda Internacional durante la década de 1930 es más equilibrada en cuanto a los pensadores cubiertos, aunque omite a Labriola y Sorel; a Benjamin, quien al parecer nunca se detuvo a reflexionar sobre el concepto de «revolución burguesa», le dedica en cambio un amplio espacio, quizá por pura afinidad personal. Pero, ¿hasta qué punto es plausible la reconstrucción de Davidson de la *teoría* de Marx y Engels? Aunque sin duda está presente en sus obras, no ocupa en ellas un lugar fundamental y está conspicuamente ausente allí donde Davidson pretende verla, en el «Prefacio» de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política*. Una de las ponderaciones más extensas de Marx a propósito del término es en realidad una digresión en el curso de un severo ataque contra Karl Heinzen, «Die moralisierende Kritik und die kritisierende Moral (Beitrag zur Deutschen Kulturgeschichte Gegen Karl Heinzen)», publicado originalmente en octubre-noviembre de 1847 en la *Deutsche-Brüsseler Zeitung* (pp. 207, 223-227), que Davidson apenas contextualiza. Está claro que Marx y Engels consideraban las revoluciones inglesa y francesa hitos decisivos en la consolidación del capitalismo; pero nunca intentaron un análisis histórico en profundidad de esas revoluciones, y sus posiciones respecto de su carácter burgués fueron siempre tornadizas y contradictorias. En ese sentido básico cabe, pues, afirmar que simplemente no existe un «concepto marxista» de la revolución burguesa. Intentar reconstruirlo a partir de los «principios nucleares del materialismo histórico» (p. 188), como Davidson pretende, parece un proyecto cuando menos dudoso, ya que Marx y Engels no ofrecen para ello un sólido punto de partida. Quizá sería mejor intentarlo mediante la investigación empírica y la teorización imaginativa a partir de algunas ideas de Marx.

El tratamiento de Davidson del «Prefacio» de 1859 añade nuevos problemas. Sostiene que al describir el conflicto en que entran las fuerzas productivas con las relaciones de propiedad, abriendo así una época de revolución social, «Marx toma la transición del feudalismo al capitalismo como modelo general para otras transiciones y revoluciones»; él está «pensando

claramente en las revoluciones burguesas» (p. 238). Pero de lo que habla Marx en el «Prefacio» de 1859 es de la economía burguesa, como dice al comienzo; formula claramente el concepto de contradicción entre las fuerzas de producción socializadas y las relaciones de propiedad privatizadas como forma de entender el *capitalismo*, no el feudalismo. Como él mismo dijo en 1851, en *La lucha de clases en Francia*: «Tal revolución solo es posible en los periodos en que *entran en contradicción ambos factores*: las fuerzas productivas *modernas* y las *formas de producción burguesas*» (p. 236). De hecho, tal como señaló Perry Anderson en 1976, el concepto de revolución burguesa fue construido fundamentalmente como una retroproyección, cuyo modelo era la revolución proletaria (p. 189). El propio Marx nunca aplicó sistemáticamente la idea de una contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción a las economías precapitalistas. Su discusión de los orígenes del capitalismo en la Parte VIII de *El capital* y en los *Grundrisse* –textos que no son examinados en detalle por Davidson– no hace un uso significativo de esa noción, sino que trata de explicar la aparición de los dos agentes clave en una economía capitalista, los trabajadores asalariados y los propietarios de los medios de producción, como resultado de luchas de clases e interestatales muy complejas. En lugar de afrontar este problema, Davidson realiza la sorprendente afirmación de que Marx «no veía la necesidad de un mecanismo especial con el que explicar la aparición del capitalismo en Inglaterra, porque no creía que fuera un fenómeno únicamente propio de ese país, sino un fenómeno general, al menos en Europa» (p. 591). Ahora bien, es evidente que Marx sí veía la necesidad de explicar el surgimiento del capitalismo en Inglaterra, ya que dedicó gran parte de su libro más famoso precisamente a eso.

La sección sobre revisiones, reconstrucciones y alternativas (Tercera Parte) presenta problemas de un tipo diferente. El revisionismo es tratado irregular y arbitrariamente. Mientras que se entretiene en los trabajos de Trevor-Roper y J. H. Hexter sobre Inglaterra y de Alfred Cobban y George Taylor sobre Francia en las décadas de 1950 y 1960 –es decir, versiones tempranas y limitadas de lo que se acabaría llamando «revisionismo» en este campo–, Davidson ignora completamente el cuerpo detallado y sofisticado de la obra que realmente dio lugar a esa utilización del término unos veinte años después: Conrad Russell, Kevin Sharpe, John Morrill y John Adamson sobre la Guerra Civil inglesa; o François Furet, Denis Richet y Jacques Ozouf sobre la Revolución Francesa, por mencionar solo a unos pocos. Cuando se ocupa de los «reconstructores», tal como los denomina *Transformar el mundo*, las debilidades generales del libro en el tratamiento de la historia de las ideas reciben un giro político tan agudo como para desfigurar totalmente el campo. Cita críticamente los textos de Anderson sobre Gran Bretaña de 1964 y 1987, pero sin mencionar específicamente su ensayo sobre las revoluciones burguesas, que data de 1976, al que dedica

una sola frase, sin ninguna explicación de su argumento, doscientas páginas más adelante (p. 670). También Arno Mayer aparece en la lista de culpables de Davidson, a pesar de ser inocente de cualquier pensamiento al respecto, simplemente por haber sido citado por Anderson.

Las ideas de Brenner son distorsionadas de un modo muy diferente. En primer lugar, la escuela de Brenner es el principal adversario a batir por Davidson, incluso antes de examinar el pensamiento de Marx y Engels, y luego de nuevo en relación con el «Prefacio» de 1859, unas doscientas páginas antes de entrar a combatir el propio brennerismo. Luego vuelve al ataque un centenar de páginas más adelante, alegando que trabajos más recientes –cita la investigación a nivel de parroquia en los mercados de la tierra y la mano de obra ingleses a finales de la Edad Media por Byres, Whittle, Outhwaite, Woodward, Wordie, Duplessis, Overton y Hoffman (pp. 746-752)– han demostrado que las oportunidades de mercado ayudaron a generar una capa de campesinos ricos en las aldeas de la Inglaterra premoderna, que pasó a formar el estrato capitalista agricultor-arrendatario que iba a transformar la economía agraria de la que extraían sus rentas los terratenientes de la *gentry*. El argumento de Davidson quedaría expuesto, sin embargo, a la réplica de Brenner de que simplemente restablece el supuesto smithiano del comercio y los mercados como motores del desarrollo, por lo que no va más allá de las posiciones de Sweezy y Wallerstein que el propio Davidson critica. El propio Brenner podría estar expuesto a esa misma objeción, no obstante, ya que la agricultura comercial inglesa que constituye el eje de su argumentación dependía del mercado de la lana en las industrias textiles de los Países Bajos y de la demanda de grano de la población urbana de Londres. Y la sugerencia de Davidson de que Brenner parece compartir una opinión implícitamente hayekiana relativa a la falta de naturalidad de los intercambios de mercado, aunque apenas desarrollada, es una idea curiosa (pp. 594-595).

Sorprendentemente, sin embargo, *Transformar el mundo* ignora el magistral *Mercaderes y revolución* de Brenner, tal vez porque Davidson percibía que podría debilitar su acusación general contra el «marxismo político», ya que Brenner demuestra lo decisiva que fue una fuerza burguesa clásica, el capital mercantil emprendedor que operaba a escala mundial, tanto para desencadenar como para consumir la Guerra Civil y para su epílogo cuarenta años después. Davidson concentra, en cambio, sus baterías contra los seguidores de Brenner –Wood, Comminel y Teschke–, que, a diferencia de Brenner, han hecho grandes esfuerzos para descartar cualquier idea de revolución burguesa. Esta rama de la escuela brenneriana, que ha popularizado la noción de «marxismo político», podría de hecho ser acusada de mantener una concepción apolítica de la historia; sus partidarios no solo tienen sorprendentemente poco que decir sobre el paisaje político contemporáneo

a escala mundial –otra vez, a diferencia de Brenner–, sino que además no ofrecen ninguna explicación de la razón por la que la historia del capitalismo se ha visto marcada durante tres siglos por esas grandes convulsiones políticas. Aunque Brenner ha sido más prudente y no ha participado de ese mismo negacionismo histórico, lo cierto es que tampoco él ha ofrecido hasta ahora ninguna explicación política general de esas convulsiones.

¿Trasciende el propio estudio de Davidson ese tratamiento deficiente de la historia de las ideas? En realidad, no. En ningún momento el libro responde, ni siquiera aborda, la pregunta que plantea en su título en inglés: *How Revolutionary Were the Bourgeois Revolutions?*; nunca llegamos a saber hasta qué punto eran o no *revolucionarias*. Davidson tiene muy poco que decir acerca de las propias revoluciones burguesas, que nunca son tratadas directamente en el curso de las novecientas páginas del libro. Ninguna de ellas es en realidad analizada, ni siquiera de un modo superficial. Lo que Davidson ofrece, en cambio, son observaciones sobre dos cuestiones interconectadas, de carácter general, que plantean esas revoluciones: la composición de sus agentes y sus consecuencias. En ambas se enfrenta a un problema difícil, a saber, que las posiciones teóricas que adopta fueron ya planteadas hace unos cuarenta años por Perry Anderson, la fuente que por razones políticas más desea evitar, aunque repita en gran medida sus argumentos, ya que Anderson defendió imperdonablemente el socialismo de Estado (Brenner, aunque intelectualmente más distante, resulta más abordable, ya que en el espectro político su «colectivismo burocrático» es primo hermano del «capitalismo de Estado» de Davidson). En resumen, las tesis de Anderson planteadas en «The Notion of Bourgeois Revolution», más tarde reproducidas en *English Questions*, eran, en primer lugar, que por una serie de razones no contingentes, sino estructurales –el carácter de la producción feudal, la dependencia de señores feudales y capitalistas con respecto a los productores de excedentes por debajo de ellos, la naturaleza heteróclita de la burguesía como clase, con su núcleo de grandes propietarios capitalistas y la periferia de profesionales y administradores que compartían condiciones de vida similares–, tal revolución nunca fue obra únicamente de una burguesía; campesinos y trabajadores solían entrar en la refriega y configurar en parte el curso de las crisis revolucionarias. En segundo lugar, que si bien ninguna de ellas produjo el modelo puro de un Estado o sociedad capitalista modernos, todas fueron decisivas para establecer sus fundamentos. En tercer lugar, que hay que dividir las en dos grupos dotados de sus respectivas temporalidades: las revoluciones desde abajo en los Países Bajos, Inglaterra, las Trece Colonias y Francia, antes de la llegada de la industria moderna; y las revoluciones desde arriba en Italia, la Guerra Civil estadounidense, Japón y Alemania, después de su implantación.

¿Qué añade –o resta– Davidson a esas conclusiones? Su presentación, tanto de los agentes como del consecuencialismo, es claramente más débil, ya que no ofrece ningún marco estructural para explorar o entender la heterogeneidad necesaria de los vectores de esas revoluciones, limitándose a observar que la burguesía «no económica» jugó un papel más importante que la «económica», repitiendo de hecho, sin reconocerlo, la tesis de Kautsky de que fueron intelectuales burgueses, más que empresarios, los que llevaron la iniciativa. Aunque la exposición de Anderson explicitaba el carácter económico no específico de la burguesía –a diferencia de la nobleza feudal o el proletariado industrial– como explicación de la naturaleza «no intencional» de las revoluciones burguesas, el consecuencialismo metodológico de Davidson sigue injustificado. Su reproducción del contraste taxonómico entre revoluciones desde abajo y desde arriba también lo aparta de su condición estructurante, el advenimiento de la producción industrial moderna, y lo vincula en cambio a 1763, una periodización no muy lejana del énfasis de Wallerstein en el capitalismo como sistema comercial dinámico que priva de cualquier significado especial a la revolución industrial, criticado enérgicamente por Davidson. En cuanto a las adiciones, Davidson atribuye gran importancia a la distinción entre revoluciones «sociales» y «políticas»: las primeras transforman la naturaleza de la sociedad, mientras que las segundas solo alteran el control del Estado. Sólo las primeras son admisibles como revoluciones burguesas, pero Nairn y Anderson incluían injustificadamente a las segundas en el concepto, con el argumento de que la revolución burguesa original en cada uno de los países principales tenía abundantes secuelas en posteriores transformaciones violentas del Estado, desde dentro o desde fuera: 1689 en Inglaterra; 1830/1848/1871 en Francia, 1861-1865 en Estados Unidos; 1945 en Alemania, Japón e Italia. En segundo lugar, Davidson presenta, como cabía esperar, su teoría del «Estado capitalista» para extender la categoría de las revoluciones burguesas al derrocamiento del propio capitalismo.

¿Qué podemos aprovechar de estas glosas? Históricamente hablando, la distinción entre una revolución «social» y una revolución «política» no suele ser clara, ya que los episodios «sociales» originales a los que Davidson concede el título de revoluciones burguesas no llevaron, ni podían hacerlo, a una transformación completa de la sociedad, como él mismo reconoce en otro lugar: fueron precisas secuelas violentas que no solo cambiaban a los gobernantes, sino que también afectaban a la estructura del Estado y al orden social. De hecho aplica, sin reparo, la caracterización apresurada de Lenin del derrocamiento de la monarquía portuguesa como una revolución burguesa, a pesar de que no conllevó una transformación social importante; lo mismo se puede decir del régimen de los Jóvenes Turcos, que ni siquiera abolió el sultanato. En cuanto a la extensión de la noción de la revolución burguesa

al establecimiento de los regímenes comunistas en la URSS y China, como introductores del capitalismo de Estado, es poco probable que convenza a nadie fuera de las filas de los creyentes ya convencidos. La atención que le presta Davidson conduce a disquisiciones enormemente desproporcionadas de los escritos de Trotski sobre la revolución permanente y su corrección en la teoría de la «revolución permanente desviada» de Cliff (pp. 657-665), por no hablar de la «revolución permanente doblemente desviada» de otro incondicional del SWP, que deforman la estructura de *Transformar el mundo*. El intento de Davidson de convertir esas distinciones en una prueba decisiva en cuanto a la corrección o incorrección teórica solo conduce a contorsiones dentro del propio campo del SWP. Para Davidson, la Revolución Cubana no llega a la categoría de revolución social, a diferencia de la china, porque el país ya era capitalista; lo mismo cabe decir del derrocamiento de los regímenes comunistas en Europa Oriental. Para su compañero de partido Chris Harman, la Revolución China era poco más que un levantamiento político. Otro caso es el del golpe de Estado de Nasser en Egipto, que Davidson considera una revolución social, a diferencia del derrocamiento del sah en Irán, una mera revolución política a pesar de que allí «tuvieron lugar grandes movilizaciones sociales» (p. 663). Esa parte del libro puede dejarse de lado para su consumo por los lectores más devotos y los menos entusiastas pueden saltársela despreocupadamente.

La contribución más significativa de Davidson radica en dos afirmaciones que tienen que ver con problemas de la revolución burguesa en su aspecto menos destructivo. Las principales consecuencias por las que se puede definir una revolución de este tipo, argumenta, son el dominio –no el surgimiento– del capitalismo como principio organizador de la economía y la sociedad, y la construcción de un Estado nacional, capaz de emprender una serie de tareas vitales para los intereses del capital. En cuanto a la primera, Davidson debilita su argumento al interpretar la «dominación» como el paso de la subsunción formal del trabajo al capital a la real, que para Marx, como ha señalado Callinicos y Davidson concede, no significaba únicamente la propagación del trabajo asalariado, sino la implantación de la fabricación con máquinas. Pero también sostiene que las revoluciones burguesas no aceleraron el desarrollo capitalista como tal, al menos durante un periodo considerable de tiempo, como en Francia, suscitando con ello la burla de Wood y otros, sobre la base de que, si las consecuencias de tales revoluciones pueden ser tanto acelerar como retardar el crecimiento económico, apenas serían relevantes para el desarrollo del capitalismo como tal. Lo más sorprendente es que Davidson no realiza ningún intento de verificar el supuesto retraso económico real en Francia, Italia o cualquiera de los demás países en cuestión después de la revolución, con el fin de confirmar su argumento. ¿Cómo distinguir, por otra parte, empíricamente, entre los «orígenes» del capitalismo y su «ascenso al dominio»?

La discusión, que recuerda la distinción althusseriana entre formación social y modo de producción, sigue apareciendo desligada de cualquier análisis histórico empírico.

Su argumentación sobre el Estado nacional que debe surgir como consecuencia de la revolución burguesa especifica tres funciones básicas: el Estado asegura que la competencia entre capitales no conduce a una guerra de todos contra todos y que la lucha entre el capital y el trabajo se resuelve en favor del primero; suministra bienes públicos básicos, como carreteras, puertos, escuelas o servicios de asistencia social, necesarios para la reproducción capitalista; y congrega los capitales en un territorio nacional determinado, defendiendo sus intereses comunes frente a los rivales externos, al tiempo que integra a la clase obrera mediante el nacionalismo ideológico. ¿Bastan esas especificaciones? Davidson evita esencialmente cualquier discusión sobre el tipo modal de Estado que debe cumplir las tres funciones que atribuye al mismo. Olvida totalmente las instituciones representativas, que él entiende como innecesarias en gran medida para la dominación de clase capitalista. Una razón podría ser que comprometería la afirmación de que las revoluciones burguesas clásicas eran asuntos de una vez y para siempre, sin necesidad de secuelas, ya que ninguna de ellas estableció realmente la democracia burguesa tal como la conocemos hoy día. Otra razón es política: *Transformar el mundo* pretende tanto rechazar la teoría «etapista» de la historia de los estalinistas, que señala el establecimiento de una república democrática como «tarea» principal de la burguesía, como la idea de que el aumento de la democracia representativa ha dejado obsoleta la revolución socialista. El argumento de que los movimientos revolucionarios son poco probables en el contexto de la democracia representativa, «que podría parecer superficialmente plausible en los primeros años del tercer milenio», pierde capacidad de convicción frente al hecho de que «la democracia representativa está ahora en retirada» (p. 885).

Davidson insiste repetidamente en que la democracia burguesa fue consecuencia de la presión de la clase obrera (por lo que quizá no debería llamarse siquiera «democracia burguesa»). Afirma que la «adhesión a los criterios de la democracia» (p. 403) como referencia de la dominación burguesa normal, compartida por Lukács y Barrington Moore, mostraba su incapacidad para romper con el etapismo ortodoxo. Reprende a Paul Ginsborg, que confrontaba el absolutismo con la «democracia burguesa» en su ensayo sobre la revolución pasiva (pp. 673-674); alaba en cambio el texto *Peculiarities of German History*, de Geoff Eley y David Blackbourn, por argumentar que la revolución burguesa debe definirse por la promoción de un «desarrollo capitalista sin trabas» que «no implica necesariamente la democracia» (pp. 676-677); y recomienda la visión de Callinicos de que la revolución burguesa sea entendida como un proceso que «establece un

centro autónomo de acumulación de capital, aunque no democratice el orden político ni elimine las relaciones sociales feudales» (p. 681). Pero si bien la burguesía rara vez ha promovido por sí sola el sufragio universal, la izquierda ha exagerado espectacularmente el argumento, políticamente atractivo, eso sí, de que la clase obrera fuera la principal fuerza impulsora de la democracia representativa.

El enfoque de Davidson presenta dos problemas. En primer lugar, por razones consecuencialistas, el hecho de que las revoluciones burguesas no siempre establecieran instituciones representativas no debe excluirlas como características centrales de un Estado burgués plenamente consolidado. En segundo lugar, estas instituciones parecen haber sido por lo menos tan importantes como el nacionalismo para la consolidación de la dominación capitalista. Negar cualquier conexión entre el capitalismo y los elitismos competitivos que han venido a llamarse democracias en el núcleo del mundo capitalista es una forma de ceguera. Como Lenin y Luxemburg reconocían, y como argumentaba brillantemente *Capitalism and Social Democracy* de Adam Przeworski, la participación en la lucha electoral tiende a disolver más que a fortalecer a las organizaciones de la clase trabajadora, ya que sus partidos apelan a grupos fuera de su núcleo de clase y, más en general, se relacionan con sus seguidores más como masas electorales que como clase. Además, como reconocían Kautsky (en *Die Diktatur des Proletariats*) y Therborn (en *What Does the Ruling Class Do When It Rules?*), los Parlamentos son un instrumento extraordinariamente eficaz para la negociación de las graves diferencias intraclasistas que fragmentan el poder capitalista. De los tres requisitos de Davidson para la constitución de un Estado capitalista, se diría que el de estructurar la lucha intraclasista e interclasista parece requerir prácticamente una democracia representativa.

Transformar el mundo introduce un atributo estructural, no funcional, del Estado que surge de una revolución burguesa: debe ser un Estado-nación, «debido a la necesidad de los capitales de contar con una organización territorial con propósitos competitivos» (p. 819). Para Davidson, el capitalismo, como sistema de «acumulación competitiva basada en el trabajo asalariado» (p. 816), se expresa en el ámbito internacional como competencia interestatal. En un texto escrito después de que el libro fuera publicado, ha argumentado que el capitalismo requiere positivamente una multiplicidad de Estados, ya que los capitalistas necesitan una protección especial de sus intereses frente a los competidores; si no hubiera más que un solo Estado mundial capitalista, ninguno tendría dicha protección. La debilidad de ese argumento —una especie de prueba ontológica como la de Anselmo de Canterbury con respecto a la existencia de Dios— es evidente por sí misma. El registro histórico muestra claramente que el sistema interestatal surgió en el siglo xvii en la Europa continental, forjado durante siglos de guerras

que siguieron una lógica fiscal-feudal de acumulación territorial. Las burguesías en ascenso tuvieron que adaptarse a esta realidad preexistente, que asumieron como un hecho, pero que ellas no crearon.

La adhesión de Davidson a la teoría del capitalismo de Estado, por un lado, y al determinismo de las fuerzas productivas, por otro, da lugar a una tensión básica en su análisis. Insiste en varias ocasiones en que el capitalismo fue instituido mediante un conjunto de transformaciones políticas decisivas, pero al mismo tiempo sostiene que era «casi inevitable» como producto de una gestación irreversible en el seno del feudalismo, no solo en Inglaterra, sino en toda Europa y más allá. El voluntarismo revolucionario pugna repetidamente a lo largo del libro con el determinismo evolutivo, generando muchos párrafos locales agudos, pero también enormes tensiones estructurales globales. A pesar de estas deficiencias, *Transformar el mundo* plantea, aunque no resuelve, una cuestión absolutamente fundamental: ¿cuál es la relación entre el desarrollo del capitalismo y la formación de los Estados nacionales? El progreso en esa indagación requerirá una reelaboración crítica, no dogmática, de la tradición marxista, una conceptualización más rigurosa del problema histórico básico y, quizá lo más importante, un modelo plausible de lo que es realmente un Estado capitalista. Aunque el análisis de Davidson adolece de graves deficiencias, no es porque ya exista un conjunto de respuestas razonables a las preguntas que plantea. La noción de revolución burguesa sigue siendo políticamente central y tan enigmática como siempre.